

# EL MANTENIMIENTO DE LAS TRADICIONES FUNERARIAS DE UNA MINORÍA RELIGIOSA: CEMENTERIOS JUDÍOS EN EUROPA

## THE PRESERVATION OF THE FUNERARY TRADITIONS OF A RELIGIOUS MINORITY: JEWISH CEMETERIES IN EUROPE

Joachim G. Jacobs \*

Recibido: 22/07/2020 • Aceptado: 05/08/2021

Doi: <https://dx.doi.org/10.6018/rmu.438121>

Publicado bajo licencia CC BY-SA

### Resumen

Este artículo ofrece un compendio de la evolución de los cementerios judíos en Europa desde la antigüedad hasta nuestros días. No está centrado en los sepulcros sino en su posicionamiento, distribución y diseño posterior. Los cementerios judíos reflejan una situación en constante cambio de una minoría religiosa y social dentro de un entorno a veces tolerante, pero, en la mayor parte de los casos, intolerante. Es una historia de separación e integración, de conservar la tradición o de asimilación. A lo largo de más de dos milenios se ha mantenido el núcleo de creencias judías sobre la vida después de la muerte y cómo afrontar la muerte y el entierro. Su conservación es una tarea gigantesca, ya que estas 'Casas de la Vida' son el testimonio de esta minoría de europeos tempranos que conectaron el continente tras el colapso de la civilización de la antigüedad.

### Palabras clave

Judíos, cementerios, minoría, asimilación, europeos.

### Abstract

This article gives a brief outline of the development of Jewish cemeteries in Europe since antiquity up to today. It focuses less on gravestones than on the positioning, layout and later design of these burial places. Jewish cemeteries reflect the ever changing situation of a religious and social minority within a sometimes tolerant, but mostly intolerant environment. It's a history of separation and integration, of retaining tradition or assimilation. Over two millennia a core of Jewish belief in afterlife and coping with death and burial was kept. Their upkeep is a gigantic task, as these 'Houses of Life' are a testimony to a minority of early Europeans, who connected the continent following the collapse of the civilisation of antiquity.

### Key words

Jews, cemeteries, minority, assimilation, Europeans.

---

\* Arquitecto. Email: [joachimgijacobs@aol.com](mailto:joachimgijacobs@aol.com). El texto está basado en la investigación para el libro: Joachim G. Jacobs, *Houses of Life: Jewish Cemeteries of Europe*. London: Frances Lincoln, 2009.

Traducción: Paula Arantzazu Ruiz Rodríguez.

## 1. INTRODUCCIÓN

Cuando Klaus Schriewer me planteó por primera vez el presente texto en relación con el simposio «El cementerio como lugar de memoria europea» me di cuenta de cómo nuestra visión del patrimonio judío está muy basada en las tradiciones y vestigios locales, regionales y nacionales, como también en la división entre sefardíes o asquenazíes. Pensamos en los judíos de Roma o Venecia, después en los de Italia, París, Francia o Berlín y Alemania. Pero desde el inicio del primer imperio europeo verdadero –hablamos del Imperio romano–, que unió gran parte de lo que hoy llamamos Unión Europea (UE) bajo una sola ley y civilización –aunque no de forma pacífica, cabe reconocer–, los judíos se convirtieron en los primeros europeos verdaderos.

Este Imperio y la Pax romana supusieron para el pueblo hebreo una situación perfecta: bajo una sola ley y por caminos y rutas de navegación generalmente seguros, podían viajar a todas partes, podían establecerse en cualquier lugar. Cuando el Imperio estaba en su apogeo bajo el emperador Trajano, podían encontrarse comunidades judías en casi todas las grandes ciudades e incluso pueblos, desde Gran Bretaña hasta España, desde el estrecho de Gibraltar hasta las zonas salvajes de Alemania y el Mar Negro. En un estado politeísta eran libres de practicar su religión –siempre que ésta no se convirtiera en política, como sucedería en Israel en el año 70– y, muy a menudo, vivían como ciudadanos romanos y tenían derecho a elegir la profesión que quisieran.

Con el colapso gradual del Imperio, el surgimiento de una religión estatal intolerante llamada Cristianismo y la decadencia y posterior destrucción de la civilización de la Antigüedad –de nuevo en nombre del «Redentor», con el cierre de la última academia de filosofía en Atenas por el emperador Teodosio en el año 529 como uno de sus tristes puntos álgidos– se dio por finalizada esta denominada época dorada para los judíos, a la que siguió una de muchas persecuciones por parte de los nuevos gobernantes cristianos. Pero los judíos continuaron, incluso en los días más oscuros de la Edad Media, viajando por Europa. Conectando lo que quedaba de una civilización urbana, mantuvieron vivo algo parecido al intercambio interregional de conocimientos y bienes. Eran artesanos, comerciantes y banqueros, sabían leer en un mundo ya casi analfabeto: ¡Ni siquiera Carlomagno sabía leer ni escribir! Muchos hebreos hablaban distintas lenguas. Se desplazaron y viajaron por todo el continente, por voluntad propia o forzados por el poder y la violencia. Crearon redes que conectaban un continente que durante siglos volvió a caer en la separación de tribus y entidades feudales mal gobernadas. Los judíos mantuvieron vivo el

cosmopolitismo cuando gobernaba el tribalismo; así como el diálogo y el intercambio de ideas, información y bienes cuando la ignorancia y el chovinismo se convirtieron en la base de la política.

Este modo de vida precoz y realmente europeo les convirtió en los primeros europeos, y mantuvieron este cosmopolitismo a lo largo de los siglos, incluso hasta los días de baja Edad Media, cuando finalmente cada vez más gente se puso de nuevo en camino.

En todos los lugares en los que se asentaron comunidades judías, lo primero que hicieron fue construir cementerios, incluso antes de construir sinagogas. Siguiendo una vieja regla de la antigüedad romana, estos lugares de enterramiento debían estar fuera de las ciudades. Y eran «Casas de la Eternidad», o al menos de la perpetuidad, ya que un judío descansa en su tumba para siempre, y ese espacio funerario no puede ser reutilizado. Esta característica otorga a los cementerios judíos una continuidad que los camposantos cristianos no tienen: si no se destruyen, se conservan durante milenios, como vemos en el caso de los cementerios medievales de Worms o Praga. Esta cuestión convierte estos lugares en testimonios de la cultura funeraria europea durante un período muy largo, desde las catacumbas judías de Roma hasta la actualidad.

Aunque las tumbas judías son eternas, la costumbre de marcarlas o incluso diseñarlas cambia a lo largo de los siglos. Hay una larga evolución desde los tiempos antiguos en Erez Israel, donde se marcaban los sepulcros usando solo un montón de piedras –de ahí viene la costumbre de poner una piedra en una tumba judía– hasta los enormes mausoleos familiares neoclásicos de finales del siglo XIX en Berlín y Budapest. También la disposición y el diseño de los cementerios reflejan esta historia de cambios; que muestra a su vez que, en el marco de un núcleo de normas religiosas sobre el entierro y el cementerio, hay espacio para adaptarse a la influencia de las sociedades circundantes, su arte y hábitos cambiantes. El núcleo es la atención al cuerpo y al alma aún inquieta y desorientada del difunto, su preparación para el descanso eterno hasta el día de la resurrección. Honrar a la persona y conservar su nombre para la prosperidad es otra cuestión. Pero, más allá, la tumba puede y ha cambiado a lo largo de los milenios.

El presente artículo aborda el inmenso patrimonio de cementerios judíos de Europa, en tanto que lugares funerarios típicos de cada periodo histórico. Son decenas de miles de cementerios por todo el continente. Con los nombres que figuran en sus lápidas se pueden formar archivos de las diversas comunidades judías que todavía continúan existiendo, a excepción de las zonas que quedaron bajo el dominio de Alemania entre 1939 y 1945. En este

territorio, las comunidades de unos seis millones de judíos, asesinados, se destruyeron. Aunque la mayoría de estos hombres, mujeres y niños no encontraron un lugar en una «Casa de la Vida», los cementerios que dejaron atrás se convirtieron en un testimonio de la vida judía, a menudo milenaria, que se extinguió en la Shoa. Por lo tanto, cabe considerar estos cementerios como una parte del patrimonio funerario de Europa aún más preciada.

## 2. ANTIGÜEDAD

Para comenzar nuestro itinerario cabe detenerse primero en Erez, Israel, donde enterrar a los muertos en cuevas, como en Hebrón, ha sido la norma desde la época de los padres patriarcales, sobre el 1.400 a.C. La mayoría de las familias enterraban a sus muertos en sus propios panteones independientes. Los verdaderos cementerios, entendidos como lugares de enterramiento comunales, sólo se encuentran en el periodo post-bíblico, cuya creación es reflejo del proceso de incremento de la densidad de población y de urbanización de esa época. Los muertos de las ciudades y los pueblos más grandes ya no podían ser enterrados en tumbas individuales o en cuevas dispersas por el campo. El crecimiento del número de fallecidos, junto a un espacio cada vez más reducido, dieron como resultado la fusión de las tumbas individuales subterráneas en cementerios construidos expresamente y, de nuevo, subterráneos: las catacumbas.

El entierro en cuevas y catacumbas siguió siendo el método de sepelio de la cultura judía más habitual a lo largo de toda la Antigüedad. A diferencia de las cuevas, que por lo general sólo estaban destinadas a acoger a individuos o familias, las catacumbas ofrecían lugares de enterramiento colectivos construidos expresamente, es decir, cementerios subterráneos.

A partir del siglo II d.C., Beth She'arim, en Galilea (Israel), se convirtió en uno de los lugares de enterramiento principales para los judíos de Palestina y de la diáspora. Con puertas de entrada, patios como los de Roma y salas para colocar sarcófagos, estas catacumbas, que fueron utilizadas hasta el siglo IV, se encuentran entre los ejemplos mejor conservados del periodo romano fuera de Europa y su tipología es similar a la de las catacumbas de Roma, construidas en la misma época. En el espacio de Beth She'arim se completó esta evolución que va de la tumba familiar independiente al cementerio comunal. La catacumba se había convertido en un cementerio subterráneo.

Veamos qué sucede en Europa. Para empezar, Roma no era uno de los centros de la vida judía. Sólo cuando comenzó a crecer gradualmente hasta convertirse en una metrópolis comercial a lo largo de las décadas siguientes,

los judíos se trasladaron a la ciudad. A partir de la época imperial crearon grandes comunidades alrededor de una sinagoga. De hecho, una sinagoga llegó a prosperar bajo el patrocinio especial del emperador Augusto.

A pesar de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., las condiciones de vida de los judíos en el Imperio Romano eran, como se ha descrito anteriormente, tales que, a menudo con el mismo estatus legal que los ciudadanos romanos, disfrutaban de los mismos derechos de culto religioso. El sistema de politeísmo religioso dio a los judíos suficiente margen para establecerse como una minoría tolerada dentro del panteón romano.

Los muertos eran enterrados en catacumbas como las de Vigna Randanini y Villa Torlonia, según la tradición importada de Israel y de acuerdo con las condiciones topográficas locales. Estas catacumbas estaban situadas en las vías principales de la metrópoli. No obstante, los judíos enterraban a sus muertos en catacumbas también en las ciudades más pequeñas del Imperio, como Venosa y Siracusa. Esta práctica funeraria fue adoptada por los primeros cristianos, muchos de los cuales eran inicialmente judíos.

Los no judíos y los no cristianos, en cambio, enterraban a sus muertos principalmente en la tierra o en monumentos sobre el suelo. «De hecho, el modo de enterramiento seguido en las catacumbas es sin duda de origen judío» (*Jewish Encyclopedia*, 1902: 614).

Con el declive gradual y el colapso del Imperio romano que sucedió entre finales del siglo III y el siglo V, la posición social y económica de los judíos también se resintió. Finalmente, el emperador Teodosio (347-395) elevó el cristianismo a la categoría de religión estatal.

En el sur de Italia, en ciudades como Venosa, sobrevivieron pequeñas comunidades judías. En un principio, las catacumbas de Venosa parecen haber continuado en uso, aunque unas veintitrés lápidas datadas del siglo IX no proceden de las catacumbas, sino de un cementerio cercano descubierto poco después.

«Los muertos fueron enterrados primero en las catacumbas y luego, probablemente no más tarde del siglo IX, en un cementerio, lo que significa que la transición de las catacumbas al cementerio se produjo probablemente en la Alta Edad Media» (Künzl, 1999: 64). Lo mismo ocurrió en Roma, ya que a principios de la Edad Media se creó un cementerio sobre la catacumba de Porta Portese. Tanto en Roma como en Venosa se puede estudiar la transición de los antiguos enterramientos en catacumbas a los cementerios en superficie.

Las catacumbas judías son, junto con algunos restos de sinagogas como la de Ostia, los primeros testigos de la vida judía en Europa y una parte importante del patrimonio de los cementerios europeos. Son un puente entre Oriente Medio y Europa.

### 3. EDAD MEDIA

Sin embargo, no se han conservado cementerios datados entre el siglo VIII y principios del XI, tan solo algunas lápidas aisladas. Esta circunstancia ha llevado a Sylvie-Anne Goldberg a concluir que «los judíos comunes eran enterrados (...) en espacios funerarios compartidos con otros y, a todas luces, sin las ventajas de las lápidas, como era habitual en los cementerios extramuros de la Baja Edad Media» (Goldberg, 1996: 25).

La presunción de que los judíos enterraban a sus muertos junto a los cristianos en cementerios multiconfesionales, fuera de las zonas donde vivían –probablemente en secciones separadas–, es una explicación plausible de la falta de cementerios judíos durante la Alta Edad Media. Las zonas judías de los cementerios fueron saqueadas y destruidas junto con las tumbas cristianas en el transcurso de los siglos posteriores. El escaso número de lápidas que se conservan también puede explicarse por el hecho de que, hasta el siglo XI, estas solían ser de madera poco resistente a la intemperie o por el hecho de que no había ninguna lápida que marcara la tumba.

Entre los siglos IX y XI se desarrolló una corriente que consistía en realizar entierros cristianos cerca de las iglesias o incluso en su interior. Por supuesto, esta práctica no era aceptable para los judíos y, a partir del siglo XI, comenzaron a aparecer los primeros cementerios judíos separados, como los de Espira y Worms.

La creación del cementerio judío durante la Baja Edad Media, como se puede ver todavía hoy en el cementerio Holy Sands de Worms, es, en consecuencia, el resultado de la segregación religiosa.

A partir del siglo XI, con el resurgimiento de los grandes núcleos urbanos y de las rutas comerciales más seguras, comienzan a reaparecer en Europa las huellas arquitectónicas de la vida judía. En las principales ciudades a lo largo de las rutas comerciales de Renania, así como en España, Inglaterra, Francia e Italia, crecen florecientes comunidades judías.

Los judíos crearon sinagogas y baños rituales (Mikwot), que a menudo fueron construidos por los mismos arquitectos que las grandes catedrales románicas y posteriormente góticas de este mismo periodo. El cementerio de Holy Sands, en Worms, que data del siglo XIII, es uno de los cementerios judíos más antiguos que se conservan en Europa. Los cementerios de esta época son, en su mayoría, los únicos testimonios que quedan de estas comunidades, a menudo víctimas tanto de masacres durante las cruzadas como de grandes epidemias de peste.

Sin embargo, los cementerios de la Península Ibérica, que los judíos crearon hasta su expulsión definitiva a finales del siglo XV, se han perdido todos, al menos superficialmente. Hoy en día, las lápidas de esta época se encuentran en los museos.

Como la mayoría de los cementerios de España y Portugal se construyeron fuera de las ciudades y pueblos, algunos se han podido conservar bajo la forma de prados, campos o parques. Las lápidas han desaparecido, pero las tumbas suelen seguir allí. Según la ley religiosa judía, la Halajá, esto significa que estos lugares, a pesar de que sus tumbas ya no son visibles, siguen siendo cementerios y no deben ser perturbados ni alterados. Esta cuestión provocó una disputa bien documentada entre la comunidad judía y un grupo de arqueólogos en relación con el cementerio judío medieval de Montjuïc, en Barcelona, ya que los segundos reclamaron su derecho a desenterrar las tumbas judías por razones científicas. Algo que indignó al mundo judío.

En este caso puede verse la peculiaridad del patrimonio de los cementerios judíos: por muy antiguos que sean, y a pesar de que ya no exhiban lápidas, si las tumbas no han sido retiradas, siguen siendo cementerios en uso a los que se aplican no sólo las leyes del Estado o de la conservación, la preservación y la ciencia, sino también la ley religiosa.

En Hamburgo, una situación similar llevó a la construcción en 1990 de un enorme puente sobre un cementerio judío. Encima del puente se construyó un centro comercial, mientras que el cementerio quedó debajo. Una «Casa de Compras» por encima de una «Casa de Vida».

Los restos de cementerios posteriores, como los de Fráncfort, Venecia y Praga, presentan muchas similitudes estructurales en cuanto a su diseño: originalmente estaban situados fuera o en las afueras de la ciudad, estaban rodeados de murallas y parece que la mayoría de ellos no poseían casas de *tahara*, ya que este ritual de limpieza de los cadáveres se realizaba en casas o salas comunales.

Los cementerios se ocupaban en orden cronológico mientras que las personas respetuosas de la ley, como los rabinos, recibían sepulcro separadas de los pecadores, que generalmente se enterraban a lo largo de las paredes del cementerio. Las tumbas se ubicaban a la distancia prescrita, en su mayoría en hileras irregulares sin zonas de paso. Los judíos rara vez disponían de zonas de extensión para sus cementerios, lo que hacía que los camposantos estuvieran muy densamente poblados; una situación que refleja las estrechas condiciones de vida de las juderías, normalmente superpobladas y que muy raramente ampliaban su extensión. Si el espacio se quedaba corto y el cementerio no se podía agrandar, se ponía tierra sobre las tumbas existentes y se cavaban nuevas tumbas sin alterar las que estaban debajo.

Praga es un ejemplo famoso de esta cuestión. Desde finales de la Edad Media, el cementerio y la zona residencial formaban una unidad tan compacta que no es de extrañar que muchas lápidas lleven una cita de Jeremías (9, 21): «La muerte ha subido a nuestras ventanas».

En los últimos años, las excavaciones de varios cementerios musulmanes medievales han arrojado luz sobre la presencia de personas de fe islámica en Francia y España. Las tumbas musulmanas más antiguas de Europa se descubrieron en 2006 en el sur de Francia, en Nimes. Según las investigaciones genéticas, datan del período comprendido entre los siglos VIII y IX y proceden de la conquista musulmana de Europa durante estos siglos. Los cuerpos fueron colocados en la fosa mirando hacia el sureste, hacia La Meca, lo que claramente identifica los restos como musulmanes (Gleize, Medisco *et al.*, 2016).

Además, en Tauste, en la provincia española de Zaragoza, salieron a la luz unas 400 tumbas musulmanas de entre los siglos VIII y XI, lo que convierte a este cementerio en uno de los más antiguos del país. Los cadáveres también se encontraban en la típica posición orientada hacia La Meca (Mahmoud, 2020).

Estos primeros cementerios musulmanes europeos demuestran que la costumbre de enterrar en los lugares sagrados y sin ataúdes es muy antigua y se mantiene hasta hoy. Muestra asimismo una sorprendente similitud con las costumbres judías, que entierran a sus muertos orientados hacia el Templo de Jerusalén. Así pues, en ambas religiones los muertos son enterrados hacia sus lugares sagrados respectivamente. Tal vez los musulmanes adoptaron una costumbre que habían visto en la otra «religión del Libro» más antigua. Pero se dan también otros parecidos, como en el caso de un ritual de lavado de los cadáveres y el de la tumba eterna, al menos mientras los huesos no se hayan desintegrado en polvo.

#### 4. MANTENER LAS TRADICIONES. RENACIMIENTO Y BARROCO

Tras la victoria en 1492 sobre Granada, el último «reino moro» de España, los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, decretaron el denominado «Edicto de expulsión»: los judíos debían abandonar en un plazo de cuatro meses su tierra natal, conocida por ellos como Sefarad. Mucho antes de la caída de Granada, no obstante, muchos judíos habían abandonado la península ibérica para refugiarse en el extranjero. Algunos se fueron al norte de África, especialmente a Marruecos. Un gran número huyó a Estambul, la antigua Constantinopla, que



había sido tomada por los turcos en 1453. En la capital del antiguo Imperio de Bizancio, ahora Imperio otomano, fueron acogidos calurosamente por el sultán. La vida judía prosperó bajo el dominio otomano durante siglos y se desarrolló una mezcla única de cultura musulmana y judía, que se aprecia claramente en el estilo de la vestimenta y las lápidas. Los llamados «marranos» abandonaron la península ibérica para extenderse por todo el mundo. Se marcharon a Inglaterra, Alemania, Italia, los Países Bajos y el Nuevo Mundo.

En muchos lugares se encontraban con judíos asquenazíes, surgiendo a menudo tensiones. En algunos territorios, asquenazíes y sefardíes establecieron comunidades paralelas con sinagogas separadas, como sucedió en Venecia y Estambul, y, aunque más raramente, también con sus propios cementerios, como pasó en Ámsterdam y Londres.

El cementerio Ouderkerk de Ámsterdam es uno de los camposantos sefardíes mejor conservados de esta época, que cuenta con una casa Tahara conmemorativa y con lápidas repletas de figuras que narran historias de la Biblia. Se trata de una violación del mandamiento contra las imágenes esculpidas, que los asquenazíes nunca habrían aceptado.

A menudo, no obstante, los muertos se enterraban en espacios compartidos. Las ciudades de Berlín, Cracovia y Roma son ejemplos de estos espacios comunes.

Había muchos cementerios musulmanes de esta época en las zonas de los Balcanes, que entonces formaban parte del Imperio otomano. Sin embargo, con el paulatino declive del imperio y el retroceso hacia algunas zonas de los alrededores de Estambul en la actualidad, la mayoría de ellos fueron destruidos por odio a los antiguos «opresores» o simplemente a causa de la ampliación de las ciudades y pueblos. Además, no había nadie que se ocupara de ellos. Sólo sobreviven unos pocos en los actuales países no musulmanes, como el diminuto camposanto que se halla bajo el castillo de Budapest y como algunos mausoleos de Türbe. Uno de los cementerios mejor conservados es el de Gül Baba, autor de *Meftahü'l-Ghayb*, también ubicado en Budapest (1543-1548).

Tras su independencia, a partir de 1821, en Grecia se destruyeron los cementerios musulmanes, a excepción de algunos camposantos alrededor de las mezquitas y otras türbes, que acabaron convirtiéndose en viviendas. Podemos encontrar dos buenos ejemplos de ello en Chania, Creta. En Rodas, sin embargo, que solo volvió a ser griega en 1947 tras siglos de dominio otomano, sobrevive un antiguo cementerio musulmán muy importante.

En zonas que todavía cuentan con una mayor población musulmana, como Albania, Macedonia, Bosnia-Herzegovina y Macedonia del Norte, siguen existiendo cementerios.

## 5. LA ERA DE LA EMANCIPACIÓN

A partir de finales del siglo XVIII, en el cementerio Olsany de Praga se desarrolló una nueva corriente funeraria. Durante los 800 años en que los cementerios judíos independientes se situaron fuera de las zonas residenciales, se construyeron de acuerdo con las normas de la *halakha*, pero sin tener en cuenta la cuestión estética. Sin embargo, a partir de 1784, el cementerio Olsany se diferenció por los diseños de los jardines paisajísticos ingleses contemporáneos. El lugar pretendía contrarrestar los pensamientos sombríos con la belleza.

Estos primeros pasos en relación con la estetización del cementerio judío es un momento clave de su desarrollo. El parque del cementerio de Olsany es, por tanto, un importante puente entre el cementerio judío tradicional y los cementerios de la época de la emancipación.

El proceso de emancipación de los judíos de Europa, basado en las ideas de la Ilustración, tuvo consecuencias legales en la Francia revolucionaria y gradualmente se expandió –con diversos grados de éxito– hacia los demás países de Europa. Tras el final de la Primera Guerra Mundial, como resultado del colapso de los regímenes feudales tardíos en Alemania, el Imperio Austrohúngaro y Rusia, los judíos de Europa fueron considerados en casi todas partes como ciudadanos de pleno derecho. Los cementerios judíos del siglo XIX reflejan la emancipación y la integración de los judíos en las sociedades de su entorno de una manera bastante impresionante. Pero la adopción de las construcciones de edificios y tumbas y de las costumbres de luto de los compatriotas cristianos muestra también la otra cara de la moneda: la asimilación y el abandono de la tradición judía.

La naturaleza del cementerio judío, generalmente amurallado y situado fuera de las puertas de las zonas residenciales, permaneció sin cambios hasta finales del siglo XVIII, cuando, durante la Ilustración y la Revolución Francesa, los gobernantes –al igual que los emperadores romanos de su época– decretaron que, por razones de higiene, los cementerios debían ser trasladados fuera de las ciudades e iglesias hasta más allá de la entrada de la ciudad. Muchos antiguos cementerios judíos, engullidos por el crecimiento de las ciudades y situados dentro de las extensas fortificaciones de las murallas, fueron en ese momento víctimas de la nueva normativa y tuvieron que cerrarse, aunque estuvieran llenos de todos modos. La separación espacial entre los lugares de enterramiento judíos y cristianos, que se había completado a finales de la Edad Media, se deshizo. Ambos volvieron a situarse, como en la época romana, fuera de la entrada de la ciudad, y volvieron a poder construirse uno al lado del otro e incluso constituirse como unidades de funcionamiento conjunto.

El círculo iniciado con los cementerios multiconfesionales de la Alta Edad Media se cerró en 1804 en el París napoleónico, cuando se construyó de nuevo un cementerio multiconfesional: el Père-Lachaise. Por primera vez en Europa, a los judíos emancipados se les asignó una sección aparte, separada inicialmente por un muro.

Esta tendencia a crear secciones judías dentro de los cementerios contruidos por organizaciones estatales o ayuntamientos continuó durante todo el siglo XIX y hasta el XX. Al mismo tiempo, no obstante, se dio el caso de comunidades que insistieron en tener sus propios cementerios separados.

Prácticamente todos los cementerios judíos creados en las ciudades durante los siglos XIX y XX, independientemente de que formen parte de un cementerio multiconfesional o estén separados, siguen, como hemos señalado, la tendencia de crear espacios del cementerio más agradables y menos prohibitivos.

Ese diseño pionero del cementerio del parque Olsany de Praga se mantuvo a lo largo del siglo XIX, aunque los diseños paisajísticos que lo conforman fueron raros hasta años posteriores. El cementerio Rat-Beil-Strasse de Fráncfort es un inusual ejemplo de cementerio paisajístico de este tipo de principios del siglo XIX.

En 1787 se creó en Dessau un cementerio comunal que sería «pionero en el diseño de cementerios en las décadas siguientes». El cementerio cuadrado, con avenidas de árboles –característica por la que fue denominado «Alleequartiersfriedhof»–, con el parterre circular central y las zonas de tumbas valladas, se convirtió en el modelo de los nuevos camposantos contruidos fuera de la entrada de la ciudad. Esta construcción prefiguró el diseño de los cementerios de la segunda mitad del siglo XIX, con sus grandes plazas, cruces y segregación espacial de las clases de tumbas, representando una fiel representación del mundo de los vivos. Las condiciones de vida de los judíos, ya sea en palacios o villas, o en viviendas insalubres y superpobladas, y la inherente y estricta jerarquía social se reflejaban casi exactamente en el cementerio. La máxima medieval de la igualdad en la muerte, cada vez más cuestionada desde principios del siglo XIX, se abandonó por completo. Los ricos construían monumentos funerarios cuyo tamaño, estilo y material revelaban el deseo de una presencia eterna a este lado de la tumba, y que a menudo iba acompañada de la desgastada creencia en el *olam haba*, el mundo del futuro tras la llegada del Mesías.

El cementerio de Weißensee representa sin duda el punto culminante de este desarrollo hacia el embellecimiento del cementerio judío en Europa. Su elaborado sistema de avenidas y plazas de unos quince kilómetros de longi-

tud, sus monumentos funerarios para los grandes prohombres de la sociedad y para los pobres son, por su forma y tamaño, una expresión única de este proceso y de la integración de los judíos en las sociedades circundantes.

Al mismo tiempo, muchos judíos dejaron el judaísmo, convirtiéndose al cristianismo o abandonando sus comunidades, por lo que nunca fueron enterrados en las «Casas de la vida».

En paralelo a la reestructuración funcional y de diseño de los terrenos de los cementerios se produjo una evolución cada vez más compleja de los edificios de los cementerios. Inicialmente, encontrábamos las sencillas casas *tahara* de los siglos XVII y XVIII, como las de Worms, Ámsterdam, Londres o Georgensgmünd. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII el entierro de personas que sólo estaban en coma y no muertas comenzó a ser una preocupación general. Con ello, también las críticas a la práctica judía de un entierro rápido. Por ello, los edificios de los cementerios que aparecieron a finales del siglo XVIII se destinaron cada vez más a la vigilancia de los cuerpos con el fin de asegurar que las víctimas no estuvieran simplemente en coma. La «Sociedad de Amigos», creada en 1792 por los judíos ilustrados de Berlín, solicitó la construcción de un edificio para tal propósito. Diseñado por Salomo Sachs, el primer arquitecto judío de Prusia, este edificio del cementerio, de estilo neoclásico, contaba con una sala para la observación de los cadáveres, aunque sin *tahara*.

Los primeros edificios del cementerio judío también empezaron a dejar su huella en el perfil de la ciudad en esta época. El príncipe de Anhalt-Dessau, por ejemplo, hizo que su arquitecto Friedrich Wilhelm von Erdmannsdorff (1736-1800) construyera una sinagoga y un cementerio, con un edificio ceremonial neopaladiano, para los judíos de Wörlitz. Este edificio ceremonial ya no se ocultaba tras los muros, sino que ocupaba una fuerte posición en el entramado de la ciudad, al igual que las sinagogas posteriores en Europa. El diseño fue avanzando y de la «casa del inspector» de la Schönhauser Allee de Berlín, con sala de luto y *tahara*, se derivó a una elaborada casa con puerta neoclásica y salas similares en Fráncfort, hasta alcanzar los complejos edificios de cementerios del Berlín neorrenacentista de Weissensee y de San Petersburgo, con un diseño basado en una mezquita otomana, y del Kaliningrado modernista.

Estos edificios contenían todas las instalaciones funcionales necesarias, como la sala de luto, la sala de espera, la *tahara*, las cámaras frigoríficas, los aseos, las oficinas, los archivos, los talleres e incluso los viveros de horticultura. Además, la sala de luto, que fue una novedad del siglo XIX, se convirtió en el centro del conjunto del cementerio. Los elogios ya no se celebraban al

aire libre desde un púlpito, sino que se pronunciaban en el calor de las salas de luto, a menudo con calefacción. Su elaborada decoración y mobiliario reflejaban la riqueza de las comunidades, y el cementerio en general, junto con las propias tumbas, se convirtió en una representación de la burguesía judía.

Los estilos de la sociedad circundante se adoptaron en todas partes, aunque las acaloradas discusiones que rodearon la construcción de sinagogas en el siglo XIX sobre el estilo correcto, el ideal del estilo «judío», apenas son detectables en los edificios del cementerio. Es probable que la causa fuera que no estaban tan a la vista del público.

Sólo unos pocos arquitectos, como Béla Lajta en Budapest, intentaron mantener una simbiosis entre el estilo nacional del país y los ecos formales de los orígenes de los judíos en Oriente Medio, como en el caso del edificio de la entrada del castillo húngaro y el del templo mesopotámico de Tahara.

En 1929, Erich Mendelsohn finalmente presentó un diseño deliberadamente moderno y clásico para la construcción de un cementerio judío en Königsberg, actual Kaliningrado.

En plena Primera Guerra Mundial, sin embargo, fuera de las grandes ciudades y pueblos de Europa existía un mundo diferente. En los pueblos y pequeñas urbes de Europa occidental y en los *shtetls* de Europa oriental se conservaban las antiguas formas de los cementerios, con filas estrechas de tumbas, lápidas uniformes y separados de manera estricta de los cementerios cristianos.

Paralelamente, los cementerios musulmanes comienzan lentamente a aparecer en la segunda mitad del siglo XIX. En 1857 se abrió en París el primer cementerio musulmán después de la Edad Media, como parte del cementerio del Père Lachaise. Según la norma de separación de la religión y el estado, los entierros de todas las confesiones deben realizarse en cementerios comunales. Esa norma todavía hoy sigue vigente.

En 1917 se inauguró en Woking (Surrey, Reino Unido), un cementerio musulmán para los soldados muertos durante la Gran Guerra. El motivo que llevó a la creación de este cementerio fue, en parte, contrarrestar la propaganda alemana que decía que los soldados musulmanes de origen indio no eran enterrados según sus ritos religiosos.

Parte de esta propaganda alemana «pro-musulmana» fue la creación de un cementerio para los prisioneros de guerra musulmanes. Estaba unido a los campamentos especialmente construidos para los soldados de fe musulmana que luchaban por el Imperio británico. Completado con una mezquita y otros servicios, este campamento cercano Berlín estaba destinado a hacer que los prisioneros lucharan por el kaiser y el sultán otomano.

## 6. DESPUÉS DE LA SHOA

El campo de concentración de Auschwitz fue liberado en enero de 1945, aunque algunos otros campos se liberaron más tarde. El 27 de enero de 2020 se cumplieron 75 años de este acontecimiento.

Tras la primavera de 1945, los pocos judíos que habían sobrevivido trataron de abandonar Europa lo más rápidamente posible. A lo largo y ancho de la Europa anteriormente ocupada, las comunidades judías que se estaban restableciendo lentamente, a pesar de todo lo vivido, aunque seguían siendo extremadamente pequeñas. Por lo tanto, no era necesario construir nuevos cementerios.

Berlín y Tesalónica son algunas de las pocas excepciones. Las comunidades judías de Europa han comenzado a crecer de nuevo sólo tras el colapso de la Unión Soviética. Este crecimiento ha ido acompañado de la construcción de nuevos cementerios.

En 2003 se inauguró un nuevo cementerio en Ámsterdam. Este camposanto es ejemplo del cumplimiento de las normas de la *halakha* por parte de una comunidad liberal pero con un fuerte sentido de la tradición y de la historia de los judíos europeos. Un muro de piedra de «Israel», en la casa de la *tahara* de Ámsterdam, muestra el largo viaje que tiene su origen en las catacumbas de Roma y el Worms medieval, con su «Holy Sand» traída mítica-mente de Tierra Santa.

Con este último camposanto hemos llegado al final del recorrido por el vasto patrimonio de los cementerios judíos en Europa. Es un recorrido que forma parte del patrimonio general de los cementerios de toda Europa, en su mayoría cristianos en todas sus denominaciones, o musulmanes, con otros antecedentes religiosos o comunitarios. Estos lugares funerarios reflejan el rico cosmos de creencias sobre la muerte y el más allá que se da en el viejo continente. En el marco de este escenario, los cementerios judíos son un caso especial, ya que también son el baluarte de la identidad de una minoría a menudo perseguida y en teoría inmutable.

Sorprendentemente, durante la época nazi se destruyeron pocos cementerios judíos, a diferencia de lo que sucedió con las sinagogas. Sin embargo, a causa de la muerte de millones de personas, no quedan familiares que se ocupen de las tumbas de sus antepasados. Según la *halacha*, todas las tumbas deben conservarse para siempre y, por este motivo, en este momento hay unos diez mil cementerios judíos en toda Europa. Se trata de un patrimonio que, en teoría, hay que conservar, proteger y cuidar, por razones religiosas y como testimonio de la historia europea.

En muchos casos no hay recursos para el mantenimiento y la restauración; un problema habitual en los territorios de Europa del Este, que agrupa miles y miles de lugares de enterramiento.

En Alemania, la concienciación de responsabilizarse y mantener lo que queda del patrimonio judío después de la Shoa ha ido in crescendo; algo que se ha materializado en campañas y programas privados, comunales y federales para poder restaurar sinagogas y cementerios. En general, la situación es mejor en Europa Occidental que en Europa Oriental. Pero el aumento general del antisemitismo, una nueva y vieja amenaza para los judíos y el patrimonio judío, acaba traducido en ataques contra personas, sinagogas y cementerios. Los cementerios judíos urbanos necesitan especialmente protección. Los cementerios judíos de las zonas rurales están menos amenazados por los ataques que por el abandono y el deterioro.

También se observa, no obstante, un aumento de los sentimientos y movimientos contra el mundo musulmán, que provoca notables problemas a la hora de planificar nuevos cementerios (y mezquitas) para una población musulmana en incremento. Finalmente, tras una resistencia a menudo dura, se edifican, dejando de lado que, cuando las comunidades levantan lugares de culto y de rituales funerarios, muestran su voluntad de quedarse e integrarse en la sociedad de su nuevo país. En este tipo de casos vemos cómo se repite un debate que ya tuvo lugar en el siglo XIX, cuando más y más comunidades judías fueron instalándose en las grandes ciudades de Europa Occidental, tras huir de Rusia. Es un ejemplo de la situación conflictiva de las minorías religiosas (y étnicas) en todos los tiempos y en todas partes.

No son pocas las personas, instituciones e incluso gobiernos de toda Europa que trabajan contra el antisemitismo (y la xenofobia); una enfermedad muy antigua que por desgracia vuelve a expandirse. Solo cabe tener esperanza y dirigir nuestras mentes y corazones el mensaje de esperanza y optimismo colorista de Jacob van Ruisdael.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Quiero agradecer a Iman Marwan Hassan, Eberswalde (Alemania), sus consejos sobre los cementerios y rituales funerarios musulmanes.

## BIBLIOGRAFÍA

- (1901-1906). *Jewish Encyclopedia*, vol. III. New York-London.
- Gleize, Y., Mendisco, F., Pemonge, M.H., Hubert, C., Groppi, A., Houix, B., Degui-Lloux, M.F. & Breuil, J.Y. (2016). Early Medieval Muslim Graves In France: First Archaeological, Anthropological And Palaeogenomic Evidence”. *PLoS one 11* (2). <<https://doi.org/10.1371/journal.pone.0148583>>.
- Goldberg, S. A. (1996). *Crossing the Jabbok*. Berkeley-Los Angeles-London.
- Jacobs, J. G. (2009). *Houses of Life. Jewish Cemeteries of Europe*. London.
- Künzl, H. (1999). *Jüdische Grabkunst. Von der Antike bis heute*. Darmstadt.
- Mahmoud, M. (2020). Spain finds Cemetery of Andalusia Backed To 1,300 Years Ago. Leaders. *Culture & Art*. November 19. <<https://www.leaders-mena.com/?s=Tauste>>.